

vieron abandonados de muchos de sus Proselitos, que por qualquier liviano motivo los dexaban para seguir otros nuevos Maestros. Y aunque esta apostasia (para decirlo así) no era tan culpable como la suya en haber abandonado la fé de sus antepasados, y de los Santos Doctores de tantos siglos, como habian precedido; sin embargo les daba mucha pena, y la sentian en extremo, y se quejaban publicamente con mucha amargura. Principalmente Lutero el autor y gran Patriarca de la Reforma, picado de la libertad que Carlostadio, Ecolampadio y Zuinglio se habian tomado de predicar otra doctrina que la suya, vomitó, segun su costumbre, contra ellos las mas atroces injurias y sátiras. Algun tiempo despues, quando la Reforma habia llegado á su mayor auge, Dutithio, sabio Teólogo Protestante se explicaba sobre este punto en una carta á Beza en estos terminos. »¿Qué casta de gentes son nuestros Protestantes, que desbarrando á cada momento, y luego volviendo pasos atrás se dexan llevar de todo viento de doctrina ya á un lado ya á otro? ¿Será posible adivinar quáles son hoy sus opiniones en materia de Religion, y quales serán las de mañana? ¿Qué punto de Religion hay en que concuerden estas Iglesias, que se han separado del Obispo de Roma? Exámi-

»nense todos desde el primero hasta el ultimo; y apenas se hallará un artículo que los unos defiendan como punto de fé, que no condenen los otros como impío.» La misma confusion en materia de Religion nos describe el sabio y Protestante Ingles el Doctor Walton en el prefacio á su célebre Polyglota, que imprimió á mitad del Siglo XVII. »Aristarcho, dice, hace algunos siglos que tuvo mucha dificultad para hallar un solo sabio en la Grecia; y yo ahora la tengo igual ó mayor para encontrar un solo ignorante, porque hoy todos son Doctores, todos son Teólogos; y qualquier fanático ó truan nos vende sus sueños como palabras de Dios.»

Pero entre todas las naciones que abrazaron la Reforma, ninguna agotó mas la copa hasta las heces del error, que la Inglaterra. Por espacio de muchos siglos se habia distinguido este reyno por la pureza de su fé, y por la multitud de Santos que habia enviado al cielo. Pero por una desgracia que nunca podrá llorarse con bastantes lagrimas, y por los inapeables juicios de Dios, sufrió esta Iglesia una desgracia que parece no podia temer. La lascivia y la codicia de un solo Principe echaron por tierra este hermoso edificio, y lo separaron de aquella roca, á que hasta

entonces habia estado unido, y habia permanecido incontrastable. Enrique VIII. que antes habia sido un esforzado defensor de la fé Católica contra Lutero, habiendo dado rienda suelta á sus pasiones brutales, que no tuvo la fortaleza de reprimir, no quiso reconocer ya la jurisdiccion que el Papa habia tenido siempre en la Iglesia; y arrogándose á sí mismo la potestad suprema en sus Estados para los asuntos eclesiásticos, dió un golpe mortal á la Religion. Empleó la fuerza y violencia para obligar á sus vasallos á la misma apostasia; y abrió el camino á sus sucesores para introducir en su Reyno todo el veneno de la Reforma, que desde luego emponzoñó á toda la Isla; y como la Reforma no tiene principio fixo, sino que depende unicamente del capricho de cada uno, tomó á poco tiempo mil formas diferentes en los Protestantes, los Presbiterianos, Anabaptistas, Quakeros, Arrianos, Hermanos Moravios, Hulchinsonianos, Methodistas y otros muchísimos. Tal fué la nube de langostas, que obscureció la luz y el semblante de la Religion, que por tantos siglos habia alumbrado y hermoseado con tantos y tan vivos brillos á este Reyno.

Y extendiendo la vista sobre este diluvio de nuevos Predicantes, siempre en continuas disputas y querellas los unos contra los

otros, enturbiando las fuentes puras de la fé y de la Moral, y seduciendo á los incautos con los falsos brillos de la novedad; no se puede dexar de ver claramente quan bien los pinta el Apóstol San Judas por estas palabras: *Son unas nubes sin agua, que qualquiera viento lleva acá y allá: son árboles de otoño, estériles é infructuosos, dos veces muertos y desarraigados: son olas furiosas de la mar, de las que salen como espuma salobre sus inmundicias é infamias: son estrellas erráticas* (1). Primeramente los compara el Apóstol á unas *nubes sin agua*, ó que parecen prometerla, pero el viento las lleva de aquí para allí, y nunca la dan: esto es, unos nuevos Predicantes, que prometen no predicar sino la pura doctrina evangélica, á la qual dan el nombre de Reforma; pero que no es mas que un mero engaño é impostura. Despues los llama *árboles de otoño, estériles, dos veces muertos y desarraigados*; esto es, Christianos que solo tienen el nombre, pero ningun fruto dan, porque como árboles muertos y desarraigados, son excluidos del seno, y cortados del tronco vivo de la Iglesia, de donde habian de tomar el xugo de vida. Son comparados á las olas furiosas de la mar, que en su espuma vomitan sus he-

(1) Jud. 12. 13.

dioneces y sus infamias. Son turbulentos, orgullosos, rebeldes y amotinados contra su Madre la Iglesia, á quien continuamente insultan con injurias, calumnias y blasfemias. En fin, son como estrellas erráticas, que andan siempre vagueando por los extravíos de su ciencia imaginaria, dexando unos errores para adoptar otros, sin saber donde fixar el pie.

Les fué dado (á las langostas) el poder que tienen los escorpiones sobre la tierra. Las langostas, de que aquí se habla, tienen propiedades particulares, que no tienen las langostas naturales: tienen el poder de los escorpiones; esto es, poder de picar. Esta alegoría significa, que las sectas de los Reformados, simbolizados en las langostas, tienen por permission de Dios, poder para picar y atormentar cruelmente á los Católicos, de quienes se han separado, y contra quienes concibieron, y conservan siempre un ódio implacable.

Y les fué prohibido (á las langostas) hacer ningun mal á la yerba de la tierra, ni á todo lo que está verde, ni á los árboles, sino solamente á los hombres, que no tienen la marca de Dios en sus frentes. El Todopoderoso no permitió á las langostas, esto es, á las sectas Protestantes hacer daño á la yerba de la tierra, esto es, á los simples fieles, ni á todo lo que estaba verde; esto es, según la

expresion del texto griego y latino á todas las plantas que vegetan y crecen, y se levantan sobre la yerba ordinaria, señalando de este modo á muchos Principes, Magistrados, y personas constituidas en dignidad, á quienes no pudieron seducir. Tampoco se les dió licencia para dañar á todos los árboles, esto es, á todos los Obispos y Párrocos, y á todo el Clero. En una palabra, no pudieron pervertir la totalidad de alguna de las tres clases de fieles, esto es, de los Ministros de la Religion ó del Clero, de los Principes y personas constituidas en dignidad civil, y del pueblo fiel ó simples fieles.

Sin embargo, esta expresion de *todos* ó de *cada uno* indica, que en cada una de las tres clases habria muchos que se dexarian seducir. Y en general los Sectarios no podrian hacer prevaricar sino á aquellos, que no tendrían la señal de Dios en sus frentes; esto es, á los que no estuviesen bien asegurados en la fé católica y en la Moral evangélica, que se dexasen dominar de sus pasiones, de respetos humanos, de los deleytes de los sentidos, y que por consiguiente no tendrían valor para resistir á la tentacion, y pelear baxo el estandarte de la verdadera Religion. *Estos no tienen la señal de Dios en sus frentes;* abandonan vilmente la señal característica, la cruz

de Jesu-Christo: no saben renunciarse á sí mismos, y en la persecucion desiertan al campo del enemigo que los ha engañado, haciéndoles concebir horror á la señal saludable del christiano, que los que lo son de veras, llevan estampada en sus frentes; práctica tan recibida en la antigüedad como nos dice Tertuliano. » A cada paso, dice, » que damos, ya quando entramos, ya quando salimos de nuestras casas, quando nos levantamos por la mañana, ó nos acostamos por la noche, quando nos lavamos las manos, quando nos sentamos á la mesa, quando encendemos nuestras luces ó velones... hacemos la señal de la cruz en nuestras frentes (1). »

Pues por el texto del Apocalypsi se echa de ver, que aunque el Todopoderoso, por un oculto consejo de su providencia, dió á los Protestantes cierto grado de poder para oprimir á los verdaderos fieles, sin embargo su bondad los contiene, y les prescribió límites fixos, para que no acabasen con la mayor parte del rebaño de Jesu-Christo. *Hasta aquí llegareis; y de aquí no pasareis, y aquí quebrareis la furia de vuestras olas* (2). El Mahometismo y el cisma de los Griegos habian hecho ya un grande

(1) Tertul. lib. de Coron. milit. cap. 3.

(2) Job. XXXIII. 11.

estrago en los Católicos, y habian hecho prevaricar á una grande multitud; pero Jesu-Christo habia prometido que *su Iglesia seria siempre visible, como una ciudad edificada sobre una grande montaña* (1), y que *las puertas del infierno jamas prevalecerian contra ella* (2): palabra y promesa que siempre le servirá de un incontrastable baluarte, y prenda de su duracion hasta el fin del mundo. Y aunque el supremo Pastor permitió que el veneno preparado en esta quinta edad inficionase á alguna porcion de su rebaño, la mayor parte fué preservada; y el golpe que recibió, fué causa de que despues se echára de ver mejor el resplandor y hermosura de su divina luz. Dilatadísimas regiones miraron con horror á la nueva Reforma, y perseveraron constantes en su antigua fé; y en aquellas mismas en que tuvo entrada la novedad, quedan todavia, por un efecto de la Providencia, verdaderos adoradores que no doblan la rodilla delante del ídolo, y que aunque en corto número subsisten siempre como racimos en la viña, escapados de la voracidad de los javalies, para muestra de la abundante cosecha que antes hubo, y para testigos y fiscales contra los

(1) Isa. II. 1. Dan. II. 35.

(2) Math. XVI. 18.

que debian haber conservado la antigua fé. A mas de las particularidades ya dichas, no se debe pasar en silencio otra barrera que opuso el mismo Dios contra la furia de la Reforma. Quando algunos Principes poderosos con exércitos formidables tomaron á empeño favorecer y propagar la Religion Protestante, quiso la Divina Providencia contraponer otras Potencias Católicas con fuerzas suficientes para contener sus malos intentos; y desde entonces las ha sostenido siempre, y las ha hecho respetar de los enemigos.

T les fué dado poder (á las langostas) no de matar, sino de atormentar durante cinco meses; y el mal que hacen es semejante al que hace el escorpion, quando pica al hombre. He aquí otro dique opuesto al furor de las sectas Protestantes. Queda dicho en el ultimo artículo, que su poder para seducir á los hombres, y hacerles abrazar su nueva doctrina, no se extendia sino á los que no tenian la señal de Dios en sus frentes; ó que por la corrupcion de su corazon y perversas costumbres, daban entrada á la seduccion. Este era el poder de los Sectarios en quanto á lo espiritual. En el presente versículo se fixa su poder en quanto á lo temporal; y no se les permite matarlos; esto es, destruir y exterminar absolutamente á los Católicos. *IVX. dsM (9)*

Desde el primer fuego de la Reforma los Protestantes no respiraban sino guerra y destruccion; y luego comenzaron á asesinar á una multitud de Católicos, demolieron y arrasaron muchas Iglesias y Monasterios, y por todas partes llevaban consigo la desolacion y ruina. Pero Dios en el consejo de su eterna sabiduría tenia ya determinado señalar limites á este poder, y los anunció mucho antes por el Apóstol San Juan, y que los Sectarios no podrian traspasarlos. Así quedaron burlados los desig-nios de los Novadóres, y no hicieron todas las conquistas que se habian figurado en sus vastos proyectos; como antiguamente permitió Dios que los Judios, que era su pueblo escogido, fueran perseguidos y maltratados de las naciones extrangeras; mas no permitió que fueran enteramente destruidos ó aniquilados.

En fin, aunque los Principes Protestantes han hecho los mayores esfuerzos para acabar en sus estados respectivos con la Religion Católica, vemos que nunca han podido salir con su depravado intento. Los Católicos han sido cruelmente oprimidos, y son muchos los que han muerto entre atroces tormentos; y aunque en algunas provincias se disminuyó mucho el número de los verdaderos fieles, todavia hay en ellas mismas bastantes á quienes ha pre-

servado la proteccion divina.

Y les fué dado (á las langostas) poder para atormentar durante cinco meses. El linage de tormento de que aquí se habla, es sin duda, y causa un dolor muy agudo, puesto que se dice ser como el que causa la *picadura del escorpion*; para significar que si bien el poder de los Protestantes no pudo pasar los límites que le prefixó la Divina Providencia, sin embargo les permitió afligir y atormentar con mucha furia á los Católicos Romanos. No les permitió acabar enteramente con todo el cuerpo de los Católicos, sino solamente hacer morir á una innumerable multitud con varios generos de tormentos en varias sediciones populares que excitaron contra ellos, y en muchas guerras con que los persiguieron, atormentando á los demas con exquisitas atrocidades y extremas miserias. En los paises en donde los Soberanos admitieron la Reforma, estos Principes generalmente se apoderaron de todas las rentas eclesiásticas, é hicieron sentir al Clero las *angustias pican-tes* del hambre y de la extrema necesidad. Un gran número de Católicos se vieron obligados á admitir la Religion del Principe, ó á expatriarse; y los que resistieron (como debian) se vieron reducidos á gemir baxo la mas dura opresion. ¿Y estos trabajos no pueden compararse muy oportu-

namente á la *picadura del escorpion*? ¿Y quién ignora la crueldad de las leyes bárbaras, que en aquellos tiempos calamitosos se establecieron en la mayor parte de los Estados Protestantes contra la Religion Católica? ¿Quién no sabe las leyes duras de la Inglaterra y de la Irlanda? Sonlo tanto que los vasallos de estos dos Reynos, á quienes queda algun resto de humanidad, conocen su barbarie, y confiesan que son el escándalo de la Religion Christiana, y el oprobio y deshonor de una nacion civilizada. En consecuencia de estas leyes inhumanas, ¿quántas familias quedaron despojadas de sus haciendas? ¿Quántos sujetos encarcelados, desterrados ó muertos? ¿Quántos millares de personas reducidas á la ultima miseria y mendicidad? ¿Y esta tiranía y esta opresion no puede muy bien compararse á la *picadura del escorpion*?

Se dice que este dolor y tormento debe durar *cinco meses*. Aquí el Todopoderoso fixa el tiempo, que deben durar las violencias y furias de los Protestantes contra sus fieles siervos. Este tiempo es de cinco meses, ó de ciento y cincuenta dias, dando treinta á cada mes: modo de contar muy familiar á los Profetas. Y tambien se debe saber, que en el estilo profético, los dias algunas veces se toman por años. En este sentido han entendido todos los Padres y

sagrados Intérpretes las siete célebres semanas de Daniel, ó los quatrocientos y noventa días que componen las siete semanas, y han entendido los quatrocientos y noventa años, que habian de pasar desde el término prefixado en aquella profecía hasta la muerte del Christo ó del Mesías (1).

Otro exemplo de este modo de contar se encuentra en Ezequiel, á quien dice Dios: *Tomarás sobre ti la iniquidad de la casa de Judá por espacio de quarenta días: es un día por cada año: sí: un día por cada año te he dado* (2). Esto supuesto, como el tiempo de cinco meses, segun el estilo ordinario, es muy corto para abrazar todos los acontecimientos mencionados en el texto y concernientes á la Reforma, se deben contar ciento y cincuenta años por los ciento y cincuenta días, que componen los cinco meses, durante los quales se dió poder á las langostas para hacer sentir sus picaduras; esto es, permitió Dios á los Protestantes atormentar cruelmente á los Católicos.

Si se cuentan los ciento y cincuenta años desde el de 1525, en que poco mas ó menos comenzaron las violencias que los Protestantes exercitaron contra los Católicos, este cálculo llega al año de 1675.

(1) Dan. IX. 25.

(2) Ezech. IV. 6.

Una parte de la Historia de la Reforma perteneciente á este periodo queda vista en la explicacion de los textos antecedentes; vamos á ver lo restante en los versículos siguientes de nuestro Santo Profeta.

En este tiempo los hombres buscarán la muerte, y no la podrán encontrar: desearán morir, y la muerte huirá de ellos. He aquí una pintura viva y natural de las miserias y calamidades que los Católicos tuvieron que sufrir, y de la violencia y furor á que la Reforma debió sus rapidos y espantosos progresos, y con que se sostuvo. La historia de aquellos tiempos nos muestra la verdad de esto. Por una parte, ¿quántos hubo que viéndose robados y despojados de todo quanto tenían, acosados del aguijon del hambre y de la miseria tan penetrante como la del *escorpion*, tomaron las armas para recobrar por la fuerza lo que no podian por términos de justicia? Los pobres é infelices que solo podian subsistir con las limosnas y socorros diarios de los Monasterios, viéndose privados de todo recurso por la destruccion y ruina de estas casas de caridad, tomaron aliento y se enardecieron con la misma desesperacion:

Una salus victis nullam sperare salutem (1).

Solo el bien del vencido es no esperar.

(1) Virg.

Corrieron á las armas (en lo qual no se les puede escusar), se juntaron en tropas, y por no morir de hambre, buscaron la muerte en los combates, y aun allí tal vez no pudieron encontrarla como deseaban. Por otra parte; quán digna de lástima fué la suerte de aquella multitud de Religiosos de uno y otro sexó, que fueron arrojados de sus casas, y despojados de todo quanto tenían! Habian dexado al mundo para consagrarse á Dios en el retiro y en la soledad; y no estando acostumbrados á trabajos manuales pesados, ni habiendo aprendido oficio alguno mecánico para ganar su sustento, solamente trataban de servir á Dios; y unicamente ocupados en rogar á Dios por la Iglesia y por el Estado, y en pensamientos de la vida eterna, se sustentaban de las piadosas fundaciones de los Principes y personas poderosas, que para fomentar el culto divino, y las virtudes heroicas de la Religion, habian fundado y dotado estas casas con rentas competentes, contando tambien con las limosnas y socorros de los pobres. Pero de repente se levanta una tempestad, ó por decirlo mejor, un uracan horroroso, y destruye estos monumentos de la piedad y Religion de los antepasados. Parecia que un ejército de Godos ó de otros bárbaros habia venido á desolar todas las tierras. Los Religiosos se

vieron acometidos de tropas de foragidos sin el menor sentimiento de humanidad, que los echaban de sus santos asilos: vieron sus Iglesias profanadas, sus casas saqueadas, y arrasadas; y en estas escuelas antiguas de piedad y de letras no quedaban ya sino montones de escombros, y la triste memoria del espíritu de destruccion y de estrago, que era el que animaba á la Reforma. Las extravagancias y el furor del fanatismo llegaron á tanto, que aun muchos que eran del partido de la Reforma se escandalizaron y horrorizaron. He aquí la exclamacion en que prorumpe Juan Denham, hablando de la demolicion de los Monasterios en Inglaterra: „; Puede mirarse este monton de „ escombros sin preguntar, quiénes son los „ bárbaros que han destruido y asolado „ todo este pais? Y quando se sepa que „ no es un Rey Godo ni Turco, sino un „ Rey Christiano el que ha causado todos „ estos estragos con el bello pretexto de „ zelo de la Religion, nombre sagrado que „ debe caracterizar todas nuestras acciones, pero que este Principe (1) quiso cubrir con él sus depredaciones y violencias, ¿ será posible dexar de exclamar: „; Ay! pues quién perdonará el zelo sacrilego, si el zelo religioso se precipita

(1) Henr. VIII.
Tom. II.

»á semejantes excesos (1)?

Oygase tambien á otro Autor Protestante: «La Inglaterra, dice Camden, fué sumergida en un abismo de dolor, viéndose su erario agotado, su moneda alterada, y destruidos sus Monasterios, monumentos preciosos de su antigua piedad (2).

Por una conducta tan inhumana, una multitud de Religiosos y Religiosas se vieron totalmente despojados aun de las cosas mas necesarias á la vida, sin asilo, expuestos á las inclemencias del ayre, y á la intemperie de las estaciones, á las miserias de la indigencia, á los insultos brutales de un populacho embriagado de un furioso entusiasmo y fanatismo. En fin los arrojaron de sus Monasterios sin recurso, y sin saber adonde ir á buscarlo. ¿Y será extraño que en este abandono, sin esperanza de mejorar de suerte para lo venidero, *buscasen la muerte, y desearan morir*, mejor que llevar una vida llena de tantos trabajos? Si en lugar de Comisarios hubieran ido verdugos, que hubieran quitado la vida á todos los que no quisieron prostituir sus conciencias á la nueva Re-

(1) Anales de Stow, y la Hist. Eccl. de Fuller y de Collier.

(2) Introd. á los Anales de la Reyna Isabel.

ligion, se hubieran tenido por dichosos de adquirir la corona del martirio. Pero estar continuamente expuestos á mil tentaciones y á crueles vexaciones, y ver despreciada y perseguida la Iglesia de Dios, era para ellos un perpetuo motivo de dolor mas agudo que el de la picadura del escorpion, y mas sensible que la misma muerte. Y sin embargo se veian condenados á sufrir, y á estar privados de la felicidad de dar sus vidas por Dios; *deseaban morir, y la muerte huía de ellos.*

Y estas especies de langostas eran semejantes á caballos preparados para la guerra. El Profeta nos pinta el espíritu de sedicion y rebelion, que animaba á los Reformadores y á sus Proselitos. En este punto Lutero, como Xefe, se distinguió, y fué el que dió los primeros asaltos contra la Iglesia, dirigiendo los principales artículos de la nueva Reforma. Declaró la guerra á todo gobierno eclesiástico; declamó contra el Clero, y sobre todo contra el Primado del Papa, á quien antes habia hecho voto de obediencia. Habiendo logrado un zeloso discípulo, y un protector acalorado en la persona de Juan Federico, Elector de Saxonia, ya no guardó regla ni medida alguna de moderacion y respeto, y declaró abiertamente la guerra á los Obispos y á toda la Gerarquía Ecle-

siástica. En una de las accesiones de su locura compuso un libro, en que decía: „Todos los que quieran arriesgar sus vidas, sus caudales, su honra y su sangre en una empresa tan christiana, como la de acabar con todos los Obispos y los Obispos (que son los ministros de Satanás), y aniquilar toda su autoridad y jurisdiccion, serán hijos de Dios, y cumplen sus Mandamientos (1).” Y en otro libro contra Silvestre Prieras: „Si á los ladrones, dice, se les cuelga de la horca, si á los vandoleros se les castiga con la espada, y á los hereges con el fuego, ¿por qué no se emplean todos estos rigores para castigar á los maestros de perdicion, á estos Cardenales, á estos Papas, y á toda esta canalla de la Sodoma Romana, que no cesa de corromper á la Iglesia de Dios? ¿Por qué no lavamos nuestras manos en su sangre?” Tal era el estilo de este entusiasta, y con este modo de predicar logró echar á los Obispos de Saxonia y de Hesse, y abolir toda su autoridad en estos dos Estados.

No contento con haber despreciado y vilipendiado toda la autoridad espiritual del Papa, de los Obispos y de toda la Igle-

(1) *Contra Statum Eccles. et falso nom. ord. Episc.*

sia, se empeñó también en derribar por los cimientos el poder temporal de los Principes. Los nuevos Apóstoles eran enteramente diferentes de aquellos primeros y antiguos predicadores del Evangelio. Estos tenían siempre delante de los ojos lo que les dixo su Divino Maestro, quando los envió á predicar por todo el mundo: *Mirad, yo os envío como ovejas en medio de los lobos* (1); y entendieron que esto era mandarles, que nunca habian de oponer mas que la paciencia y mansedumbre de ovejas á los lobos ó perseguidores que habian de encontrar: orden de que nunca se separaron. Pero Lutero, despues que á los principios afectó mucho horror á todo lo que era violencia y fuerza, mudó de máxima y de conducta, viendo que adelantaba poco con su fingida dulzura. „El Evangelio (dixo entonces, y lo mismo dixeron despues los otros Reformadores), el Evangelio siempre ha causado alborotos, y es menester sangre para establecerlo (2).” Y así despues de haber hecho los mayores esfuerzos para acabar con el Clero, abolir todos los Cánones, y destruir todas las Universidades, emprendió combatir contra el Emperador y contra todos los otros Principes tempo-

(1) Math. X. 16.

(2) De serv. arb.